

Peligros de la Explosión de los Contraceptivos

Sebastián Mantilla, S. J.

Con ocasión de la "I Asamblea Panamericana de Población", celebrada en Cali, Colombia, en Agosto pasado, y de la cual nos ocupamos en "ECA" (Setiembre, 1965) se suscitó el problema del aumento de población en nuestros países de Latino América, y simultáneamente se inició una campaña metódica de propaganda anti-conceptiva, considerada como el mejor remedio para frenar este "explosivo" aumento de población. Con todo derecho y propiedad se puede decir que estamos asistiendo ahora a una verdadera "explosión" de los remedios contraceptivos.

Se ha querido meter en la danza a la misma Iglesia Católica, invitándola a colaborar en ella, desde su punto de vista —naturalmente— pero con la evidente intención de reforzar así ante los fieles creyentes la urgencia de poner remedio al mal.

Véanlos lo que estos propagandistas de la limitación de los nacimientos nos ofrecen como solución y ponderemos objetivamente su valor. Porque si el crecimiento rápido de la población puede tener sus peligros (yo diría que puede crear ciertos problemas), la aplicación a este crecimiento del remedio de una limitación de la población los tiene y bien grandes. Y no hay que olvidar que de dos males, siempre se ha de elegir el menor. Y que un remedio que resulta peor que la enfermedad, no es remedio.

Prescindimos ahora de comentar el que una reunión, que debió ser científica, se aproveche para hacer a su sombra propaganda neomalthusiana. Prescindimos también de juzgar la afirmación —siempre improbadada— de que el actual aumento de población sea un mal y que su mejor solución se halle en reducir la población y no en aumentar los recursos para su subsistencia integral.

Para qué sirve el control de natalidad.

Vamos a limitarnos a responder esta pregunta: ¿para qué sirve el control neomalthusiano de natalidad?

Según sus propagandistas, el control de natalidad sirve para disminuir el actual crecimiento de la población; sirve para reducir el hambre, para reducir los abortos, para dar mayor felicidad a los esposos.

Pero, fuera de convertir pueblos jóvenes en pueblos viejos, todo lo otro jamás se ha conseguido hasta ahora en ninguno de los países donde se ha venido aplicando.

Y si esta reducción de la población se intenta a base de campañas propagandísticas, que exaltan tan sólo sus ventajas, y de consejos "desinteresados" de quienes por su carácter de técnicos en medicina pueden llegar a convencer a las pacientes y a ejercer sobre ellas una casi coacción moral, es evidente que se puede arrastrar al pueblo sencillo a ponerlos en práctica, aunque no acaso con la rapidez con la que estos neomalthusianos quisieran proceder.

Porque los anticonceptivos que actualmente se venden son muy pocos y se limitan a la gente "bien". Y mientras la gran masa de los económicamente débiles no entre por estas prácticas, continuará en pie el problema de alimentar a sus hijos, ya que sólo

disminuirán en las familias que precisamente disponen de medios suficientes para tener muchos.

En cuanto a disminuir el hambre, nada nos dicen los neomalthusianos de que la disminución de nacimientos, en los países sometidos a este trato, haya producido una elevación en la dieta del resto de sus habitantes. Es indudable que una familia que quisiera mejorarla, conseguiría mucho antes este resultado eliminando a los hijos mayores, que son los que más gastan, en vez de deshacerse de los nuevos tiernos, que van a tardar mucho en consumir lo mismo que los mayores.

Los abortos tampoco disminuyen en los pueblos sometidos a este experimento, como se puede comprobar fácilmente con las estadísticas publicadas en ellos.

Por ejemplo: si nos fijamos en el Japón, país en el que se ha hecho esta experiencia en mayor escala y donde se dispone de estadísticas numerosas, vemos que su crecimiento se redujo de 33.7 por mil en 1948 a 17.2 por mil en 1960, pero al mismo tiempo los abortos legales alcanzaron la cifra, nunca igualada, de los dos millones en 1956, aparte de los abortos clandestinos que se continuaron practicando y que probablemente igualaron a los legales.

La razón de este fenómeno se halla en que las familias que emplean medios anticonceptivos no vacilan en recurrir al aborto cuando éstos han resultado ineficaces.

Con la legalización de los abortos en Dinamarca y Suecia, éstos han aumentado paralelamente al empleo de las prácticas contraceptivas.

El mismo fenómeno se ha comprobado en EE. UU., donde el Dr. Pearl ("The Natural History of Population", 1939) escribe que ya en 1939 había de 3 a 4 veces más abortos entre las familias que practicaban los principios neomalthusianos. Los médicos abortadores deben a los clientes que practican el control de natalidad tres de cada cuatro intervenciones.

Los visitantes de Suecia, que es el país de mayor nivel de vida de la tierra y de menor población infantil, sacan la impresión de que sus habitantes no dan señales de una mayor felicidad que los del resto del mundo, y añaden que el número creciente de suicidios parece confirmar la poca estima en que se tiene un modo de vivir tan "confortable".

Tampoco puede decirse que los países sujetos a estas experiencias hayan mejorado en otros aspectos de la moralidad pública, como las uniones ocasionales (favorecidas por la esterilidad femenina) o el homosexualismo, exacerbado por la aparición de los llamados estadios intersexuales que son consecuencia de este nuevo concepto del erotismo. Conviene recordar aquí que es un hecho histórico que ni la legalización del divorcio ha servido para hacer desaparecer las uniones libres (como pretendían sus defensores), ni en los países en que se han admitido y reglamentado los burdeles se ha conseguido que disminuyan los ataques a la honestidad de las doncellas.

Por otra parte, si las clínicas contraceptivas ayudan a consolidar la vida familiar, ¿cómo es posible que lo mismo en EE. UU. que en Suecia y Dinamarca, continúen aumentando los divorcios, en vez de disminuir?

En cuanto al esfuerzo en aumentar la población en edad de producir (quitados niños y viejos), no sólo no se consigue, sino que fácilmente la disminución de nacimientos, combinada con la prolongación de la vida en los ancianos, puede llegar a dar un conjunto en el que estos alcancen hasta el 25%. Thomas C. Mann, que fue Subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, opina que los pueblos de América Latina, formados por una cuarta parte de habitantes menores de 10 años (en El Salvador la cifra es todavía mayor y llegará en 1969 a casi una tercera parte, 1.092.000 sobre 3.391.000, o sea exactamente el 32%) son pueblos que contribuyen poco a la producción. Pero olvida que esa

cuarta parte será una excelente fuerza de trabajo dentro de 8 ó 10 años, fuerza de trabajo de la que se verán privados los países que decidan reducir estos nuevos brotes de la vida, dejando intacto el resto de adultos y ancianos. Porque no hemos de olvidar que los pueblos no mueren, los pueblos dejan de nacer, y un pueblo sometido al neomalthusianismo es un pueblo que camina hacia su desaparición. Y ¿qué será de él cuando haya de competir con otros pueblos que se conserven más jóvenes, más vigorosos y creadores? Recordemos el esfuerzo hecho por Francia, desde fines de la II Guerra Mundial, por aumentar su natalidad, al ver invadidos sus campos y sus fábricas por brazos extranjeros.

No hace mucho tiempo que el Presidente de El Salvador Julio Adalberto Rivera decía en un discurso que esta población joven y abundante es el mayor tesoro que posee El Salvador. Evidentemente que este tesoro hay que completarlo con inversiones de capital convenientes, que ayuden a hacerlo productivo y que este es un problema necesario y difícil, pero no insoluble, y que, en todo caso, no quita gravedad a la alternativa anticonceptiva. Sin contar con que se puede aliviar con una emigración que, bien estudiada y orientada, puede ser una excelente fuente de divisas, como lo ha sido para Italia, por ejemplo, la cual ha situado en Nueva York un número de italianos superior a los que hoy viven en Roma, sin decir nada de los esparcidos por el resto de EE. UU., Argentina, etc. Y aquí mismo, dentro del área centroamericana, existen regiones que pueden recibir de El Salvador muchos más inmigrantes que los que ya se han asentado dentro de sus fronteras.

Una nueva escala de valores.

Hemos concedido al neomalthusianismo la posibilidad de llegar a la regulación del nacimiento de los niños con una exactitud acaso tan grande como la que regula modernamente la multiplicación del ganado y su mejoramiento, según las conveniencias de obtener animales que den buenos cueros, o buena carne, o abundante leche. Pero si esto se ha de conseguir a corto plazo, tal y como lo desean los neomalthusianos en vista de la urgente necesidad de atajar sea como sea la actual "explosión" demográfica, haría falta aplicar **métodos coactivos** que forzarán a entrar por la brillante senda del confort moderno a las poblaciones, si estas se muestran renuentes a tan humanitarios proyectos y los ponen en peligro. En otras palabras: habría que dejar de momento a un lado los principios democráticos y borrar de nuestras constituciones algunos al menos de los derechos

humanos que se reconocen en ellas, con evidente desprecio de la dignidad y el respeto que merece ante todos los poderes del mundo la personalidad humana.

Esta nueva concepción del hombre y de la sociedad, que ha de resultar necesariamente en fuerza de la aplicación de tales medidas, es —a nuestro entender— el mayor peligro y el más grave de todos los hasta aquí cargados en la cuenta de la famosa “explosión” anticonceptiva.

Porque aunque propiamente hablando estos nuevos redentores de la humanidad se preocupan poco de filosofías, es evidente que la implantación del neomalthusianismo traerá necesariamente consigo el establecimiento de una nueva **escala de valores morales**, en la que el respeto a la dignidad del hombre y a las leyes de la naturaleza se subordine al hedonismo y a la consecución de un mayor bienestar material.

Es lo que con gran clarividencia advirtió el Papa Juan XXIII, a quien nadie ha tachado hasta ahora de estrechez de miras, cuando en su encíclica “Mater et Magistra” (15 de mayo, 1961) calificó a estos medios de “indignos del hombre y que sólo hallan una explicación en una concepción puramente materialista del hombre mismo y de su vida”.

Por lo demás, la elevación moral de nuestros pueblos no se consigue tan sólo a base de aumentar su dieta en vitaminas, como declaró persona tan poco sospechosa a los neomalthusianos como John D. Rockefeller, Presidente de la llamada “Junta Fiduciaria del Consejo de Población” de EE. UU., al recomendar a estos planificadores que no se contentaran con quitar el hambre a las masas, sino que se preocuparan más bien de mejorar su calidad de vida. Y sobre la vida, fenómeno fisiológico, está la vida fenómeno moral, la vida intelectual, la vida cultural y civilizada del hombre —añadimos nosotros—.

No es lo mismo tolerar algo que se viene poniendo en práctica un poco vergonzosamente y a escondidas (como ocurre hasta ahora en nuestros países con la esterilización), que aceptarlo como un hecho normal y darle carta de naturaleza incorporándolo al acerbo de nuestras Leyes.

Recordemos el horror con el que habían anatematizado la trata de blancas algunos países, hasta el día en el que decidieron admitirla como un mal necesario y reconocerla como un negocio más o menos honorable, con tal que se sometiera a ciertas reglamentaciones “higiénicas”, o bien la sustitución de las antaño execrables “uniones ilícitas” por nuestros flamantes divorcios de hogaño. Lo mismo esos negocios más o menos “honrables”, que los divorcios, se han multiplicado desde ese momento hasta alcanzar hoy proporciones astronómicas.

Y una vez admitido el principio de que en ciertos casos se puede “intervenir” en el funcionamiento del organismo humano en su aspecto reproductor, no sabemos hasta donde se podrá llegar en el futuro, bajando de concesión en concesión. Porque la pérdida gradual de respeto hacia las fuentes de la vida podría llevar, andando el tiempo, a considerar también aceptable la supresión de la vida en los casos de los nacidos deformes. Recuérdese el proceso judicial de los esposos belgas Vandeput, los cuales recibieron un veredicto absolutorio dado por un jurado sensiblero, que negó el carácter de crimen a la muerte dada por éstos a su propia hija, víctima de la droga talidomida. Recuérdese también el caso de los ancianos que sufren por causa de enfermedades incurables, a los que en Alemania se administró la “euthanasia” en los execrables tiempos de Hitler, haciéndolos desaparecer del mundo de los vivos. Estos procedimientos y otros similares no pueden cambiar de signo moral porque ahora no sea Hitler, sino algunos “conscientes” partidarios de la Libertad y la Democracia los que los intenten aplicar.

Efectos en la salud.

Aunque siempre se ha logrado, de un modo o de otro, evitar la natural consecuencia del acto conyugal, que es la fecundación y consiguiente nacimiento de un nuevo ser, los métodos han pasado en la actualidad a la categoría de “procedimientos científicos” y por tanto a la farmacopea al uso, no de curanderos o hechiceros, sino de Doctores graduados en Universidades.

Y así como hubo una época en la que la hipnosis lo curaba todo y otra en la que la excitación del sistema nervioso, mediante toques al trigémino, conseguía verdaderos milagros, hoy se ha puesto de moda la “pastilla”, y las mujeres ingieren estas drogas con la misma fe y la misma naturalidad con la que se puede ingerir una simple tableta de aspirina. Pero esta moda pasará, como pasaron otras, y quiera Dios que no sea sin haber dejado a su paso una serie de males irreparables.

Pero ¿es que traen malos efectos estas medicaciones? Respondemos que apenas habrá hoy ya un médico serio que se atreva a negarlo. La razón de este cambio de actitud está en que estas drogas se hallan aún en una fase experimental y de que sólo poco a poco se van descubriendo los reflejos que producen en el organismo de la mujer. Muchos Doctores se sienten alarmados ante la aparición de trastornos en sus pacientes (mareos, vómitos, hemorragias intempestivas, afecciones renales, hepáticas, cáncer, trastornos en el útero, etc.) los cuales, por

coincidir con el empleo de estos medicamentos, creen fundamentalmente que pueden ser producidos por su uso, sobre todo por su uso prolongado.

Más aún: existe en EE. UU. un grupo de renombrados ginecólogos. Estos, después de haber propugnado durante mucho tiempo su uso, actualmente no quieren ni oír hablar de remedios tan "científicos" y se oponen a su empleo y extensión, en vista de las consecuencias que han podido observar en las gentes que los han adoptado.

Otro dato muy significativo se halla en que los mismos fabricantes de tales remedios para no perder un mercado que les produce pingües beneficios se esfuerzan en dar a sus preparados una nueva composición que neutralice estas consecuencias. Hemos visto estuches, muy lindos por cierto, que contienen además de las píldoras ordinarias otras de color diferente, que se recomiendan como de alto poder inhibitorio, pero que en realidad contienen substancias que contrarresten los malos efectos de las anteriores. En otras ocasiones se varía el nombre del preparado, para que las pacientes lo sigan comprando en la idea de que se trata de un producto nuevo, que ya no les producirá los trastornos que su uso les había producido. Algo parecido ocurrió cuando se ofreció a las futuras madres somníferos y barbitúricos con el fin de evitarles los dolores del parto. Al cabo de diez o doce años de esta práctica, las estadísticas denunciaron en EE. UU. un aumento de un 10% de epilépticos en los niños nacidos de los llamados "partos sin dolor". En este caso las madres no parecen sufrieron reflejos dañinos, pero los cerebros en formación de sus hijos resultaron afectados. Recuérdese asimismo el caso de la droga llamada "talidomida" que dió un gran contingente de niños que nacían privados de brazos y piernas y que obligó a los Gobiernos a prohibir su empleo.

Salud física.

Permitásenos añadir aquí un nuevo caso. Se nos dice (aunque no hemos podido comprobar la referencia) que en una Asamblea Médica celebrada el pasado año en Tegucigalpa (Honduras) uno de los Doctores que asistió a la misma presentó un curioso experimento hecho en las ratas. Estas, sometidas a los anticonceptivos, presentaban el cáncer a la tercera generación, trastornos en la hípofisis a la quinta y desaparición de los ovarios a la sexta generación. Es evidente que de estos casos no suelen hacerse eco las revistas médicas editadas por los fabricantes de productos químicos y farmacéuticos que se envían gratis a los Doctores y a sus Clínicas y de las que se sirven para hacer propaganda

de sus novedades médicas, pues es lógico no tengan interés en desacreditarse unos a otros.

Acaso pudieran aducir en su favor que estas convenientes experiencias en organismos no humanos, retrasarían demasiado su aplicación y ésta llegaría demasiado tarde para detener el "explosivo" crecimiento actual de la población y que para dar satisfacción a las urgencias de los neomalthusianos y evitar que otros fabricantes menos escrupulosos se les adelantaran, era preferible dejar a las "víctimas" de esta prisa el cuidado de advertirles de sus errores.

Salud moral.

No sólo la salud física. También la salud moral de estas pacientes resulta afectada por el uso de estas drogas. Porque nuestras mujeres, aun las que no frecuentan la iglesia, tiene un fondo religioso que aflora en estas ocasiones y que les reprocha el proceder de un modo contrario a los principios éticos de la moral cristiana, en la que se han educado. El encontrarse en su vida social con matrimonios amigos que no tienen, como ellas, sólo uno o dos hijos después de muchos años de casados, sufren una penosa impresión y llegan a sentirse incómodas y en condiciones de inferioridad con respecto a esas otras mujeres más generosas que ellas. En ocasiones pueden brotar los celos, ante la sospecha de que sus esposos lleguen a despreciarlas y buscar en otras una satisfacción más plena que la que ellas pueden ofrecerles.

Este fenómeno se manifiesta, sobre todo, en el caso de intervenciones quirúrgicas imposibles de remediar y que las asimilan a las estériles de origen. ¡Cuántas angustias cuando enferma o se separa de su lado el único fruto de sus entrañas! Si muriera, su hogar resultaría tan frío como el de los que nunca han tenido descendencia y el afecto marital se enfriaría con peligro de separaciones o posibles divorcios. Por otra parte, esta menopausia artificial y prematura crea en ellas un estado nervioso semejante al de la definitiva, y después de algunos años de esterilidad voluntaria, llegan a temer fundamentalmente que su organismo, sometido a esa atrofia artificial durante tanto tiempo, no pueda reaccionar hasta el punto de restablecer totalmente su delicado funcionamiento. Por eso no son pocos los esposos que prohíben terminantemente a sus cónyuges el uso de drogas o procedimientos inhibitorios.

Nada digamos de la enorme baja que ha de sufrir la moral social, una vez que las solteras se persuadan de que se hallan en disposición de aceptar relaciones temporales, sin exponerse a consecuencias desagradables. Su dignidad y su honradez no quedarán tan protegidas como su organismo generador y

no tardarán en ser colocadas por la fama a un nivel semejante al de aquellas mujeres que se prostituyen por dinero.

Conclusión.

En todas estas materias (como en otras semejantes) no debemos perder de vista, si no queremos errar, este axioma de valor universal: la naturaleza del cuerpo humano es como Dios la ha hecho y así seguirá siéndolo siempre. Y un examen de su conformación y funcionamiento, evidencia su voluntad de orientar al hombre hacia la procreación, como un derecho no como un deber, dentro de la familia estable, hasta el punto de que el celibato sea, y es de hecho, una excepción que sólo los menos, sostenidos por ideales supraterrenos y apoyados en la ayuda del mismo Dios, pueden realizar convenientemente. Tal es el caso de los sacerdotes y de las vírgenes que se consagran a Dios y a practicar la caridad con sus semejantes. Por ello el empeñarse en impedir el funcionamiento normal del sistema generador, como el de cualquier otro órgano del cuerpo humano, además de ser tarea inútil, no se hará sin que el trastorno que cause esta intervención deje de repercutir en la salud del conjunto. Siempre se ha dicho que la labor del médico es la de ayudar a que el cuerpo humano vuelva a su funcionamiento normal, atacando a los elementos extraños (microbios, desarrollo anormal de células cancerosas, etc.) para impedirles continuar en su acción perturbadora, pero que son las mismas fuerzas que existen en él las que principal y automáticamente obrarán una sabia recuperación. Recordemos cómo procede la cirugía, la cual ante organismos traumatizados (heridos en choques, guerras, accidentes fortuitos) limita su intervención a lo más externo y fácil, como es contener las hemorragias, unir

toscamente venas, huesos, tendones separados, para luego contentarse con dejar al organismo en absoluto reposo y esperar pacientemente a que se vaya reconstituyendo por sí mismo, en virtud de ese poder de recuperación que ha puesto en él sabiamente la mano misma del Creador. Siempre que la medicina se ha empeñado en excederse de ese humilde oficio de ayudadora de la naturaleza y ha pretendido corregir la plana al mismo Dios, no ha cosechado otra cosa que fracasos estrepitosos. ¿Cómo van a constituir una excepción las actuales intervenciones en el sistema generador, que es el más prodigioso y delicado acaso de todos los que encierra ese estuche de maravillas que es el cuerpo humano? La naturaleza no acostumbra a soportar impunemente estos atrevimientos.

Pero aun haciendo tabla rasa de todo esto, es preciso añadir que los anticonceptivos no sólo no ayudan sino que constituyen más bien un estorbo insuperable a los planes de nuestros neomaltusianos, que quieren reducir rápidamente nuestras poblaciones. Porque de momento el precio de los mismos reduce su empleo a las familias acomodadas, que son por lo demás una minoría y una minoría que ya hace mucho tiempo que se las ha arreglado de un modo o de otro para limitar su descendencia. Y si se pudiera llegar a ofrecerlos casi gratis (mediante sustanciosas aportaciones de algunos "generosos" bienhechores de la humanidad) y se organizaran campañas, propagandísticas en gran escala, todavía la masa seguirá procreando en una proporción sensiblemente igual a la actual mientras no se la eduque convenientemente, y para esta labor educativa hacen falta algunos años, bastante más de lo que, según estos falsos profetas, nos separan de la terrible catástrofe final. El remedio anticonceptivo llegaría, pues, demasiado tarde.

UN PRODUCTO

